

REFLEXIONES SOBRE LAS DIMENSIONES ESPACIO TEMPORALES DE LA HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES COMO CAMPO DE ESTUDIO

*REFLECTIONS ON THE SPATIO-TEMPORAL DIMENSIONS OF THE HISTORY OF
INTERNATIONAL RELATIONS AS AN ACADEMIC FIELD*

María Virginia Ibarra González¹

¹Universidad de la República (UdelaR), Montevideo, Uruguay. E-mail: virginia.ibarra@fder.edu.uy
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7913-0104>

Mónica Fernanda Nieves Aguirre²

²Universidad de la República (UdelaR), Montevideo, Uruguay. E-mail: monica.nieves@fder.edu.uy
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7422-2966>

Leandro Enrique Sanchez³

³Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP-CONICET), La Plata, Buenos Aires, Argentina. E-mail: sanchez.leandro.e@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0931-0681>

Recebido em: 22/04/2025 | Aceito em: 29/10/2025



Esta obra está licenciada com uma Licença Creative Commons Atribuição 4.0



RESUMEN

Si es aceptable esta interpretación de la actual situación conflictiva del conocimiento, donde la matriz disciplinar y las prescripciones homogeneizantes de la epistemología oficial y sus correspondientes metodologías, por un lado y por otro, las jerarquías y las hegemonías del campo científico, como también la mercantilización limita la autonomía en el desarrollo de la ciencia. Es imposible avanzar sin la reflexividad crítica necesaria. Después de todo, la reflexividad y la autonomía son dos caras de la misma moneda: el despliegue de la reflexividad requiere autonomía así como no hay autonomía si no es arrancándonos de la heteronomía, de la que en principio siempre partimos, y para hacerlo, se requiere de la crítica.

Este trabajo se propone una revisión crítica del saber histórico: qué es la Historia; cuál es su objeto; qué perspectivas de comprensión se le adjudican; quiénes son sus protagonistas; cómo se establecen las causas de los hechos históricos; con qué vocabulario se trabaja; qué conceptos y categorías contribuyen a construir el conocimiento histórico; etc. En segundo lugar, una lectura espacial: la distinción entre espacio y territorio, la necesidad de articular tiempo con espacio, discutir la idea de una historia universal occidental y concebirla como planetaria desde una visión periférica. En tercer lugar, una disputa temporal: cómo se conciben los tiempos y ritmos del acontecer; cómo pueden periodizarse los hechos históricos.

Palabras-clave: Historia; temporalidades; espacialidad.

ABSTRACT

If this interpretation of the current conflictual situation of knowledge is acceptable, where the disciplinary matrix and the homogenizing prescriptions of official epistemology and its corresponding methodologies, on the one hand, and the hierarchies and hegemonies of the scientific field, as well as the commodification of science, on the other, limit autonomy in the development of science, it is impossible to advance without the necessary critical reflexivity. After all, reflexivity and autonomy are two sides of the same coin: the deployment of reflexivity requires autonomy, just as there is no autonomy without breaking away from heteronomy, from which we always begin, and to do so, critique is required.



This paper proposes a critical review of historical knowledge: what is History; what is its object; what perspectives of understanding are attributed to it; who are its protagonists; how are the causes of historical events established; what vocabulary is used; what concepts and categories contribute to constructing historical knowledge; etc. Second, a temporal dispute: how the times and rhythms of events are conceived; how historical events can be periodized. Third, a spatial reading: the distinction between space and territory, the need to articulate time with space, discussing the idea of a Western universal history and conceiving it as planetary from a peripheral perspective.

Keywords: History; temporalities; spatiality.

.



INTRODUCCIÓN

Morin y Kern (2006, p.146) entienden que la realidad “humana, social e histórica” por su naturaleza compleja es de difícil reconocimiento, puesto que la forma de pensarse desarticula el todo y el contexto global que ampara y da sentido a lo que se intenta conocer de manera aislada y fraccionada.

Explorar la trayectoria epistemológica de la Historia de las relaciones internacionales reviste una primera dificultad: la ambivalencia inherente de la palabra Historia. Puesto que significa tanto los hechos del proceso socio-histórico en cuestión como la narración de los mismos. Se trata de una ambigüedad semántica, de una distinción irreducible, pero también una superposición igualmente irreducible entre lo que sucedió y lo que se dice que sucedió. Con la complejidad agregada de que la forma en la que lo sucedido y lo que se dice que sucedió, sean y no sean lo mismo, puede también ser algo histórico en sí mismo (Rojas, 2004).

A esto se le suma que la Historia de las relaciones internacionales, como bien señalan Barolin Torales y Espinosa Blas es de una “disciplina híbrida”. Es decir, de acuerdo a los énfasis sobre sus características puede aparecer como una “especialización” de la Historia, o bien entenderse como una “sub-disciplina” de las Relaciones Internacionales (Barolin Torales y Espinosa Blas, 2019, p. 24).

Este trabajo se propone un ejercicio de vigilancia epistemológica⁴ sobre el saber histórico de las relaciones internacionales tratando de indagar las narrativas estandarizadas sobre las cuales se sustenta. Para ello se realizó un muestreo intencional teórico subtipo por conveniencia⁵ sobre programas de estudio de grado de universidades públicas y privadas de Argentina, Brasil y Uruguay, enmarcadas en la carrera de relaciones internacionales, 10 en total⁶. Cabe destacar que

⁴ Tal como planteaban Bachelard, Bourdieu y muchos otros autores se trata de una disposición reflexiva y crítica que busca examinar y cuestionar los fundamentos teóricos, metodológicos y prácticos del conocimiento científico y su enseñanza.

⁵ Estas muestras están formadas por los casos de acceso disponible e inmediato (Battaglia, 2008).

⁶ Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional de San Martín, Universidad del Salvador, Universidad Torcuato Di Tella por Argentina; Universidad de la República, Universidad ORT por Uruguay; Universidade Federal do Rio de Janeiro, Universidade Federal de Santa Catarina, Universidade Federal de Santa Maria, Universidade Federal da Integração Latino-Americana, Universidade de São Paulo por Brasil.



la probabilidad no es el criterio que sustentó la elección de los elementos, sino que primó la relevancia por sobre la representatividad.

Puesto que el alcance de esta investigación es exploratorio, el propósito del mismo consistió en indagar sobre las narrativas imperantes y los supuestos onto-epistemológicos que las sustentan. De modo que el artículo se estructura en tres apartados correlacionados. El primero reflexiona sobre el contexto cognitivo de enunciación y los supuestos básicos subyacentes que constituyen el lenguaje sobre el que se asienta la historia de las relaciones internacionales como materia formativa. A partir de este se desprenden reflexiones sobre dos dimensiones sustantivas, asumidas y no reflexionadas, según lo observado en los programas: la dimensión espacial y la dimensión temporal. Aspectos centrales de la constitución de una disciplina como la abordada. Así en el segundo apartado se plantea la distinción entre espacio y territorio, la necesidad de articular tiempo con espacio, discutir la idea de una historia universal occidental y concebirla como planetaria desde una visión periférica recapitulando voces disidentes de la concepción estandarizada. En el tercero se esboza una disputa temporal ausente en dichos programas: cómo se conciben los tiempos y ritmos del acontecer; cómo pueden periodizarse los hechos históricos sino se repone cierta multitemporalidad. Finalmente, se ensayan algunas conjeturas preliminares sobre cómo la naturalización de los saberes sedimentados consolidan ciertas narrativas que inviabilizan el cuestionamiento de dimensiones epistemológicas tan sustantivas para el estudio y enseñanza de la historia de las relaciones internacionales.

CONTEXTO DE ENUNCIACIÓN

En el panorama contemporáneo resulta vital el estudio de las transformaciones históricas que sufren las lógicas internas de las perspectivas imperantes, es decir, tanto sus fundamentos epistemológicos y sus redes semánticas, como su vocabulario conceptual.

No es el objeto de este trabajo un pensamiento social histórico de la formación de conceptos, aunque sí marcar las transformaciones conceptuales en términos de luchas entre distintos sentidos, porque parte de la idea de que las teorías y los conceptos son siempre públicos.

Una de las premisas básicas es que muchos de los conceptos analíticos utilizados en la enseñanza y estudio de la historia de las relaciones internacionales se insertan en una narrativa, es decir, que adopta la forma de un relato temporal. Ahora bien, cuando una narrativa se



naturaliza, se convierte en una "metanarrativa". Una metanarrativa funciona como un constreñimiento teórico inconsciente, que no puede ser desestabilizado ni aun cuando es contrastado con evidencia empírica en contrario. Las metanarrativas presentan una lógica mítica o retórica y, como se sabe -y se verá más adelante con otras propuestas-, ni los mitos ni la retórica requieren de justificación empírica o de fundamentación histórica para resultar operativos. Esto es lo que vuelve tan persistentes en el tiempo a las tramas culturales que dan forma a las metanarrativas de los conceptos utilizados, y son estas persistencias estructurales las que es necesario estudiar.

En ese marco, de acuerdo a Yousef Sandoval el “paradigma político westfaliano” -piedra angular para las Relaciones Internacionales y la Historia de las relaciones internacionales-, encarna el relato cronofetichista y tempocentrista⁷ -que en línea con Hobson- implica uno de los “mayores ejemplos de concepción a-histórica de las Relaciones Internacionales”. En suma, el peso de un “momento” Westfalia habilita a utilizar su potencial tempocéntrico para reproducir una singularidad temporal y proyectarla, obviando la realidad histórica concreta e irreproducible” (2018, pp. 254-255). Así el objeto de la Historia de las relaciones internacionales se constituye como “el estudio científico y global de las relaciones históricas que se han desarrollado entre los hombres, los Estados y las colectividades supranacionales en el seno de la sociedad internacional” (Neila Hernández, 2008, p. 850-851).

Incluso el término anglosajón *World Politics* identifica a la Historia de las relaciones internacionales, y con ello se entiende a “la exposición de acontecimientos internacionales, siguiendo habitualmente un tratamiento cronológico y descriptivo” (Barbé, 1995, p 23). Este concepto es contundente, tanto así que dicha autora destaca cómo las Bibliotecas de Ciencias Sociales europeas -siguiendo a lo realizado por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos- han catalogado como “política mundial” o “*world politics*” lo que refiere a la Historia de las relaciones interestatales y “*international relations*” refiere a los abordajes teóricos (1995, p. 23). Con estas

⁷ En base “a la teoría del fetichismo de Marx, el cronofetichismo expresa la hipótesis del presente, es decir, cómo determinados momentos históricos, véase el contexto westfaliano, se llegan a objetivar a través de su aceptación acrítica hasta convertirse en realidades fijas e inamovibles, ya dadas de manera natural, en vez de ser comprendidas como constructos meramente históricos. El tempocentrismo sirve para explicar cómo determinados acontecimientos históricos sirven de modelo explicativo para el pasado e incluso para el futuro, sin reconocer ni comprender las particularidades propias de cada época histórica.” (Yousef Sandoval, 2018, p. 254)



coordinadas, se aprecia la deriva de la Historia de las relaciones internacionales hacia la definición rígida y rigorista de la raíz etimológica del concepto como relaciones interestatales. Ese supuesto se naturalizó atemporalmente.

Los años setenta serán fermentales en el mutuo interés entre la historia y las demás ciencias sociales (Stone, 1986). Los gérmenes de la Sociología Histórica Internacional aparecen en esa década, y desde la mirada de Yousef Sandoval (2018) se orientaron a entender la política internacional al amparo de la conjunción del materialismo histórico y el marxismo político⁸. Así, la Sociología Histórica se constituyó como un enfoque no positivista sobre la política internacional. Es decir, las leyes generales se descartan y se orbita la especificidad de la realidad en contexto y en particular (Yousef Sandoval, 2018).

De esta forma, la Sociología Histórica arremete contra el realismo de las Relaciones Internacionales y su (ab)uso del “cronofetichismo” y el “tempocentrismo” que invalidan el análisis histórico. De ahí que esta disciplina se recuesta en que “el presente es pura construcción, maleable y producible por el contexto. No es natural, sino conformado por relaciones de poder” (Yousef Sandoval, 2018, p. 254).

Más recientemente, aparece otro un contrapunto simplificador, el que se da entre la Historia de las relaciones internacionales y la Historia internacional, sostenido en la misma plataforma etnocéntrica. En este sentido, Sanz Díaz recoge el guante y reflexiona sobre una Historia de las relaciones internacionales alrededor de la diplomacia, las decisiones de los estadistas, la política exterior en términos de poder o política internacional, en contraposición a la Historia internacional, que se apuntala en lo transfronterizo, en las diversas las agencias, con foco sobre las interrelaciones multinivel consecuencia de la globalización (Sanz Díaz, 2014).

El autor se cuestiona sobre el lugar de la agencia del Estado y el poder en tanto “categoría central” desde una visión clásica de la Historia de las relaciones internacionales. Yousef Sandoval, por su parte, señala que “la reivindicación del reconocimiento de la diferencia de los tiempos históricos y el rechazo a la objetivización del presente con fines críticos se presentan como los grandes rasgos de la Sociología Histórica Internacional.” (2018, p. 255).

⁸ Confluyeron además en la Sociología Histórica el neo-realismo, el neo-weberianismo, el constructivismo, el post-estructuralismo, el post-colonialismo.



Así, para Rojas (2004, p.161) con la superioridad gnoseológica sobre un mundo pos-westfaliano, de múltiple agencia -que no sólo implica otras forma de Estados, sino grupos sociales organizados, individuos, organizaciones no gubernamentales, corporaciones multinacionales, etc.- la diversidad de “lógicas y estrategias” decantadas de la interacciones dadas, cuestiona conceptual y esencialmente la noción de “relaciones internacionales”. ¿Es posible negar la necesidad de nuevos instrumentos para su análisis o, simplemente, reflexionar críticamente?

Esto lleva a pensar, retomando a Lander (2000) que el sustrato de la eficacia del pensamiento científico moderno está en la naturalización de las relaciones sociales, como expresión de tendencias espontáneas y naturales del desarrollo histórico de la sociedad. Los parámetros disciplinares son coyunturales en el contexto socio-histórico, por lo que se hacen necesarios instrumentos de análisis, conceptos, perspectivas y categorías pertinentes. Sostiene entonces que cuestionar la “pretendida” objetividad y neutralidad de los saberes que constituyen las ciencias sociales -como principal instrumento de “naturalización y legitimación” de un orden social dado-, generaría alternativas frente a la sociedad capitalista-liberal de un “mundo moderno” universal, excluyente y desigual.

En esta línea, la mirada anclada en la historicidad del post-estructuralismo se enfrenta a la “normalidad” narrativa del discurso histórico⁹. Se aleja y busca en la diferencia las respuestas, de ahí sus vinculaciones con la genealogía que realiza una lectura de la historia a partir de que “la entiende como el movimiento discontinuo de configuraciones de relaciones de poder.” (Cuadro, 2013, s.p.)

Con el propósito de dar un paso más en la reflexión sobre la Historia de las relaciones internacionales, pero ante la imposibilidad de abordar distintas aristas naturalizadas dentro de un metarelato hegemónico, se insertan ciertos cuestionamientos en torno al eje epistémico, a la vez que los énfasis críticos no han logrado conjugarse en un espacio teórico común, a tal punto que algunos continúan invisibilizando su valor. Sin embargo, para Yousef Sandoval, lo que paradójicamente es congruente con su propia esencia “anti-sistematización absoluta” es lo que en definitiva la validaría como ciencia en construcción (2018, p. 259).

⁹ Burke recoge las ideas de la filósofa Gayatri Chakravorty Spivak -hacedora de la idea de ignorancia “sancionada” para referir a cierto grupo de intelectuales occidentales que “siente que tiene derecho a permanecer en la ignorancia en lo relativo a otras culturas y al mismo tiempo esperar que los individuos de otras culturas conozcan la suya” (2023, s.p.).



ESPACIALIDADES

El objeto de estudio de la disciplina histórica, se ha caracterizado por una universalidad occidentalizada y un fundamentalismo eurocéntrico, fuertemente condicionado por la construcción de la cronología sobre lo espacial. En el caso de la historia de las relaciones internacionales ello se refuerza por su adscripción a una concepción racionalista hegemónica. Aspecto identificable en los fundamentos de los programas relevados. Empero, en las últimas décadas, buscando ampliar el análisis más allá de las fronteras del Estado-nación, se ha transformado la forma en cómo se aborda el estudio e influencia del espacio desde el cual se construye el relato histórico.

Ante una crisis paradigmática de la disciplina, los desafíos pasan por saber fusionar las lupas teóricas heredadas del pasado sobre el escenario globalizado, donde lo geográfico y espacial, ocupan un lugar de primer orden en la sociedad en red. Esto se debe a la constante interacción entre hombre-geografía-entorno urbano, que han puesto de manifiesto el desarrollo de una cultura y conciencia espacial (Muñoz González, 2019).

En este sentido, cabe destacar que los cambios cimentados en relación al análisis de la dimensión espacial, cuentan con una larga tradición de estudio. A fines del siglo XIX, Ratzel abrió el camino al estudio de cómo el medio físico influía en las relaciones entre los pueblos o entre los Estados. La noción de Estado, decía Ratzel, es inseparable de la de territorio. Sostenía que el Estado, es una lucha con el mundo exterior para defender el espacio que posee (Renouvin, Duroselle, 2000).

Un paso adelante, desde la Escuela de los *Annales*, el modelo “braudeliano” inspirado en una historia con tendencia sociológica y estructuralista, privilegió el análisis de sistemas, dejando escasa representatividad en la investigación a los actores sociales. Centrándose en el estudio de eventos regulares en el tiempo. Priorizando periodizaciones largas, que reflejan transformaciones globales y de gran escala, contribuyendo todo ello a la conformación de una historia global (Man, 2013). Braudel, reivindicaba la Geohistoria¹⁰, como un espacio para conocer los hechos del

¹⁰ Tercer capítulo Geohistoria: la sociedad, el espacio y el tiempo: El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II



pasado, donde lo social unido al espacio y sumado al tiempo, definían la historia que el medio impone a los hombres.

A fines del Siglo XX, se configura un escenario donde la realidad como se había observado hasta ese momento se extingue, surgiendo una conciencia espacial que se materializó en el ámbito arquitectónico que buscaba reconstruir el espacio social y urbano en una coyuntura postbélica. Este enfoque se articuló con el conjunto de las ciencias humanas y sociales. La simbiosis que se dio entre arquitectura, ciencias sociales y filosofía generó el escenario para la incorporación de la noción espacial, hasta el punto que hoy, se podría decir que el “giro espacial”¹¹ ha disipado la frontera entre las disciplinas que se ocupan del espacio (Quesada, 2016)

En esta línea, Foucault (1967) fue referente de esa simbiosis, marcando un cambio de paradigma en la dimensión espacial. En una disertación para el *Cercle d'Études Architecturales* de París, enfocada hacia el urbanismo y la arquitectura, pero, con una mirada historiográfica peculiar, expresaba:

“La gran obsesión que atravesó el siglo XIX, como se sabe, fue la historia: temas del desarrollo y de la detención, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de muertos, enfriamiento amenazador del mundo. El siglo XIX encontró en el segundo principio de la termodinámica lo esencial de sus recursos mitológicos. La época actual sería más bien la época del espacio. Nos hallamos en la época de lo simultáneo, nos hallamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y lo lejano, del lado a lado, de lo disperso. Nos hallamos en un momento en el que el mundo se experimenta, creo, no tanto como una gran vida que se desarrollaría a través del tiempo sino como una red que relaciona puntos y que entrecruza su madeja”¹²

A partir de una lectura crítica de las posturas que centran el análisis en la temporalidad descalificando el espacio, Foucault, desarrolla una mirada particular sobre el espacio y su entrecruzamiento con el tiempo. Así inicia una línea donde el espacio ya no es visto como un hecho físico natural y estable, sino como un nuevo espacio de exploración¹³.

¹¹ El giro espacial, fue uno de los últimos giros que marcaron el Siglo XX, entre los que destacaron el giro lingüístico, el cultural, hasta llegar al posmoderno.

¹² Si bien la Conferencia data de 1967, “Los espacios Otros” fue publicada en 1984 en *Arquitectura, Movimiento, Continuidad*.

¹³ Foucault, en los 70’ focalizará su investigación en los espacios del poder, a través del panoptismo en los centros penitenciarios y psiquiátricos



Soja (1989) destaca la convergencia de aquel con el “giro poscolonial”, representado por críticos como Said, Spivak, Bhabha y Appadurai, quienes extendieron el “pensamiento espacial” al interactuar la literatura comparada con la antropología y la historia.

Por otra parte y con correlato inmediato en la percepción de la espacialidad, desde mediados de la década del 70, se produce una serie de cambios disruptivos¹⁴, que inducen a un cambio en el régimen de historicidad¹⁵, y cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días. Entre estos se destaca la Tercera Revolución Industrial. Dominada por el uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), que conducen a una reversión de la forma de analizar, comprender tiempo y espacio, de mano de la desterritorialización de las actividades y cambios culturales vinculado a la inmediatez en diferentes procesos. En este plano, Harvey (1998) concibe la aceleración del tiempo como parte de un proceso, que llama “compresión espacio-temporal”, que refiere a la necesidad del capital de superar fronteras espaciales y reducir el ciclo de retorno de capital, para garantizar la supervivencia de ese modo de organización social. La búsqueda del aumento de velocidad en producción/consumo condujo a una especie de rebeldía por defender la multitud de temporalidades personales, privilegiando la personal sobre lo colectivo, generando cambios en el modo de concebir la historia.

Frente a la idea de un único tiempo lineal y universal, importante en la década de los 60, surge la idea de “múltiples estratos temporales”. (Sánchez Calderón, 2013; Koselleck, 1993). Este cambio en la forma de entender la temporalidad, también se refleja en un cambio en la concepción de espacio. A partir de este momento se busca eliminar fronteras, hay una tendencia a la desterritorialización, una desvinculación de los espacios delimitados y una relación con la movilidad, la interdependencia entre los diferentes actores del sistema internacional que están en la cúspide de la economía global. En este escenario también destacan los movimientos sociales locales, nacionales, regionales que cuestionan la espacialidad nacional como garante de sus

¹⁴ Desengaño de los logros materiales de la era previa (holocausto, bomba atómica, Guerras de Vietnam) que generar una conciencia crítica en temas medioambientales, de género y sociales. Consolidación de actores transnacionales que permean el poder del Estado como actor de primer orden del Sistema Internacional. La visibilidad de procesos planetarios, y la idea de interdependencia que se impone en los 70 (Sánchez Calderón, 2013).

¹⁵ Refiere a la definición dominante del tiempo en una sociedad y período determinado. Se basa en la idea de pasado, presente y futuro son universales, aplicables a todas las personas y culturas. Se trata de una universalidad relativa, dado que es una construcción social arraigada en un contexto espacio-tiempo definido que ofrece valor comparativo. (Hartog, 2010)



derechos (Santos, 2004). Pasando a vincularse en un espacio más grande, como la sociedad civil transnacional¹⁶ (Hurrell, 2007).

Esos procesos conjuntos e interactivos, condujeron al cuestionamiento de la espacialidad dominada por el Estado-Nación, desde diferentes planos. En este sentido, gran parte de los enfoques actuales, coinciden con que es necesario reconocer una variedad de escalas en la vida social, en la que sobresale la escala global, sin dejar de reconocer al Estado como actor de primer orden (Sánchez Calderón, 2013; Santos 2004). Esta escala no remite a lo nacional como lo hacía la escala internacional, sino que abarca dinámicas, como la crisis climática, que desbordan esa espacialidad. Esto conlleva a otro nivel, donde es necesaria la interconexión, interacción e interdependencia (Castells, 2006). Es decir, la escala global, como marco de referencia comparte un mismo panorama espacio –temporal, pero, sin dejar de lado su propio escenario, se vincula con lo global, haciendo que lo global se sitúe y exprese en variadas formas (Sánchez Calderón, 2013; Santos, 2004).

En suma, en las últimas décadas, los cambios producidos en el sistema internacional han forzado el surgimiento de nuevos modos de representación del espacio, y este hecho ha incidido en la forma en cómo se construye el relato histórico.

En este orden, la evolución experimentada en la disciplina histórica, varía según las particularidades de cada tradición historiográfica. En las últimas décadas, destaca una línea de investigación que busca demostrar que la producción histórica no es neutra, sino que depende de la coyuntura en la cual se da el constructo ideacional de la historia que se cuenta (Wallerstein, 2006; Piazzini, 2006). Hay otras vertientes que incorporan a la sociedad en la construcción del espacio. En esta línea, destacan propuestas como la de historia cruzada, historia transnacional, que enfatizan en las interconexiones y estudian vínculos entre diferentes formaciones sociales, superando los límites nacionales y civilizatorios en la elección de los objetos historiográficos (D'Assunção Barros, 2019). Estas propuestas tienen en común otorgar un lugar central a la interacción permanente entre espacios, regiones, y actores, alejándose de la idea de espacio como

¹⁶ La define como: “«espacio»: un espacio en el que grupos auto-organizados, al margen de las autoridades públicas y de los actores económicos privados, son capaces de emprender acciones colectivas en defensa de intereses y de valores a través de las fronteras” (Hurrell, 2007, p.100)



algo estable y delimitado en las fronteras del Estado- nación. En suma, se da un cambio, que da paso a la interacción y superposición de escalas espaciales.

Estas interacciones de escalas, se aprecian en los abordajes locales de la historia, en los estudios que tienen que ver con los espacios de los pueblos, municipios, enmarcados en los límites nacionales. Desde otro ángulo analítico, desde la “Microhistoria”¹⁷, se estudiará las dinámicas locales y diarias, presentando una nueva forma de asumir el espacio, enfatizando en las dinámicas locales y cotidianas. Según, Peter Burke, “(...) La historia de las ciudades estaría incompleta sin los estudios de las plazas de mercado, así como la historia de la casa estaría incompleta sin los estudios del uso del espacio en los interiores (...). (2004, p. 69). El concepto de lugar permite comprender la relevancia de lo local. Desde esta lupa, se enfatiza en las dinámicas sociales, culturales y personales cotidianas para abordar procesos históricos mayores. Por otro lado, prima la creencia de que el análisis histórico de procesos microscópicos le permitiría a la historiografía alcanzar una dimensión teórica propia, específica, no condicionada por las ciencias sociales hegemónicas; sin dejar de lado la interdisciplinariedad plural y transversal (Man, 2013).

En resumen, los cambios que ha experimentado el sistema internacional en las últimas décadas se ve reflejado en un cambio paradigmático en cómo la historia incorpora el espacio. En este sentido, se presencia el pasaje de una historia que ha centrado su objeto de estudio en áreas con fronteras bien delimitadas, a una historia que enfatiza en una paleta de lugares, interconexiones, nodos cambiantes, lo cual no significa que desaparezca la escala nacional de su centro de estudio, sino que la posiciona como una más entre otras escalas (Sánchez Calderón, 2013).

TEMPORALIDADES

Las ciencias sociales en su conjunto, en particular la disciplina histórica y, en este caso, la historia de las relaciones internacionales, se desarrollan lineal y unidireccionalmente, descartando el alto nivel de complejidad y abstracción relacionado con la temporalidad, no siempre explícita. De hecho, una indagación acerca del tiempo social y del tiempo histórico como construcciones científicas y la forma en que se abordan durante la escolarización, refleja un sensible

¹⁷ Surge como reacción a la crisis de los paradigmas hegemónicos en las ciencias sociales de mediados de la década de 1970, especialmente el estructuralismo, y materialismo marxista.



desconocimiento de los avances teóricos en el estudio de esos conceptos. No es posible enseñar y aprender el concepto tiempo y sus nociones, de espaldas a la reflexión teórica (Hena Vanegas, 2002, p. 113).

El estudio del tiempo social y del tiempo histórico, sigue respondiendo acríticamente, como sostienen Hena Vanegas (2002) al paradigma positivista con su sesgada concepción de la temporalidad, en tanto da cuenta de una relación cronológica, lineal, teleológica, en función de relaciones causa-efecto, con la consabida consecuencia directa de una perspectiva fragmentada y, en consecuencia, poco comprensiva de los fenómenos sociales que conduce a la simple memorización de fechas, muchas veces, inconexas.

Ahora bien, las consideraciones de la filosofía del espacio y el tiempo, también conocida como cosmología filosófica, han girado en torno a dos ideas sobre el tiempo: el tiempo social como construcción del hombre, representación subjetiva que subyace como condición de toda experiencia humana, y el tiempo físico como algo que existe independiente del ser humano, hecho objetivo de la creación natural.

Coudannes Aguirre y Álvarez (2015) consideran que los estudios sociales tardaron en aceptar esa idea de multiplicidad y coexistencia en el devenir de lo humano y lo natural. Según las autoras, los primeros estudios históricos, en el marco del mito del “progreso” acuñado en el occidente capitalista, impusieron criterios eurocéntricos para la clasificación del pasado: todos los espacios geográficos debían pasar por las mismas etapas popularizándose la tradicional periodización en “edades” (antigua, media, moderna y contemporánea).

Sin embargo, la convergencia de cambios sociales, dentro y fuera del mundo académico, comenzó a cuestionar cierta linealidad positivista. Así, por un lado, se fueron introduciendo epistemológicamente las ideas de incertidumbre, complejidad, azar, multilinealidad, discontinuidad, etc. Por el otro, el sistema mundo capitalista global reemplazó el tiempo organizado del fordismo por un nuevo régimen de “tiempo discontinuo”. El consumo de las nuevas tecnologías posibilitó cambios dramáticos en la delimitación de lo público y lo privado, la producción y el trabajo, el espacio y el tiempo (que incrementó las desigualdades). Los tiempos de los estados nacionales progresivamente comenzaron a entrar en conflicto con los distintos órdenes de la globalización (Hope, 2009). Hoy se reconoce que existen diversos ritmos sociales, y,



a su vez, tantos “tiempos” (en plural) como aspectos de lo social puedan considerarse, sean estos económicos, políticos o culturales.

Prigogine advierte que, (...) el tiempo ya no puede desempeñar su tradicional papel de soporte uniforme de los acontecimientos; a partir de ahora reviste categoría de problema y como tal requiere construcciones” (Prigogine, 1988, pp. 52-53).

A partir de lo narrado, sería un gran error pensar que el tiempo es un factor constante sobre el cual transcurren los procesos sociales, pues no ocurren por separado; los cambios no suceden en el tiempo sino que lo crean. Ergo, se tiene que hablar entonces de la construcción humana del “tiempo interno”, esto es, la percepción individual y social de la velocidad de los cambios sin la cual la historia, en este caso, de las relaciones internacionales carecería de sentido.

Ahora bien, antes de avanzar es necesario resaltar, como subraya y siguiendo a Cristiano (2020) que el tiempo social es más bien una idea y no tanto un concepto, pero que de esta, efectivamente se derivan conceptos. De lo que se trata, entonces, es de explicitar los *definiens* de la idea de tiempo.

Cabe aclarar que el autor usa esta expresión en el sentido convencional de aquello que define un término, pero aceptando que las distintas concepciones pueden asumirlos en todo o en parte, pero que se activan por lo menos algunos cuando se usa la palabra.

El primero de ellos es que el tiempo es una dimensión constitutiva de todo fenómeno o acontecimiento, esto es, no hay realidades temporales y no temporales sino, en todo caso, temporalidades a las que se les presta o no atención. La segunda, derivada de preguntar qué significa que el tiempo sea “una dimensión” de toda realidad o experiencia, es que el tiempo es un aspecto de la puesta en sentido de las cosas del mundo, en la medida en que dar sentido es, entre otras cosas, ordenar temporalmente. La tercera, considera que el tiempo es siempre un fenómeno relacional, o lo que es lo mismo, que temporalizar (dar sentido) es relacionar. Un cuarto elemento definicional, es que el tiempo supone siempre la existencia de procesos, de fenómenos de mutación o cambio. El quinto se vincula a la duración; sin cosas que duren, que permanezcan de alguna manera, la experiencia del tiempo resultaría imposible. La sexta cuestión se refiere al tipo de movimiento que implica la temporalidad, en donde se bifurcan dos aspectos igualmente



definitorios: el del movimiento como ruptura¹⁸ y el del movimiento como repetición¹⁹. Más allá de las razones que justifican el énfasis en uno u otro aspecto, ritmo y creación, repetición y novedad, son igualmente constitutivos de la idea de tiempo. La séptima cuestión es la que surge más espontáneamente con la palabra tiempo, la distinción entre pasado, presente y futuro y todos los problemas de delimitación (cuándo termina el presente y empieza el pasado). En su acepción más simple significa que el tiempo incluye la delimitación de una actualidad, un ahora de la percepción y la vivencia, pero incluye también, de un modo igualmente estructural, la anticipación de cosas y acontecimientos por venir, y el recuerdo de cosas y acontecimientos que han sido.

Todos estos elementos definitorios están estrechamente vinculados con otro aspecto de la idea de tiempo, la de un parámetro de observación. Es decir, no hay tiempo sin una entidad observadora, sin un sujeto cognoscente que temporaliza desde un punto de vista particular. Además, como se señaló, los elementos enunciados admiten una doble referencia, a procesos “objetivos y externos”, y a procesos internos o vivenciales.

Así Ramos Torre (2008) plantea que o lo pensamos aristotélicamente, como medida del movimiento, por ende como fenómeno exterior y cuantitativo, o lo pensamos como vivencia cualitativa al modo agustiniano, como combinación de tres horas que son las de la percepción (presente), el recuerdo (pasado) y la proyección (futuro). Es una especie de unidad de la diferencia; por un lado la de Cronos, dimensión horizontal y numérica del tiempo, y por otro la de Kairós, dimensión vertical y cualitativa, en la que el tiempo aparece como diversidad de experiencias subjetivas.

Ahora bien, esa duplicidad es potencialmente reductible. Supone la posibilidad de síntesis mediante la metáfora del “campo temporal”: un todo atravesado por un eje vertical y uno horizontal entre los cuales se produce, en términos de Jaques (1984, p. 80), “una constante oscilación cognitiva”, pero que conforman una unidad.

De acuerdo con Montoya y Montoya (2009) asociado con la forma en la cual se organizan las actividades sociales, la dimensión del tiempo, desde sus comienzos, fue central en el análisis de

¹⁸ Castoriadis (1993, pp. 55-66) ha subrayado que el tiempo supone creación, en el sentido de que la experiencia más sustantiva del tiempo es la de la emergencia de la novedad, de la más cotidiana hasta los grandes acontecimientos históricos

¹⁹ Elias en su análisis de los sistemas de cómputo del tiempo (1989, p. 19), sostiene que suponen siempre la idea de ritmo, de un movimiento constante y repetitivo, como el de los ciclos de la naturaleza, el movimiento de los astros o los engranajes del reloj.



las estructuras sociales y procesos. Es una abstracción teórica que posee un carácter polisémico y pluriparadigmático. Para las ciencias sociales, es un metaconcepto que define y explica los fenómenos objeto de su análisis; como tal, es un elemento fundamental de la construcción social de la realidad (Pagés, 1989, p. 107). De hecho, según Schwartz (1976) autores como Wilber Moore, Barney Glaser y Anselm Strauss o Paul Fraisse y Leonard Doob han tomado al tiempo como un recurso y como principio de organización social.

Fraser (1975), uno de los miembros fundadores en 1966 de *The International Society for the Study of Time* (ISST), ya argumentaba que cada nivel de integración de la materia exhibe su propia única temporalidad, “lo que ordinariamente llamamos tiempo comprende temporalidades jerárquicamente organizadas, cada una contribuyendo algo diferente a la experiencia temporal del hombre...” (Fraser, 1975, p. 5).

Esta concepción positivista o historizante del tiempo, se comenzó a fracturar probablemente a partir de las consideraciones del historiador francés Fernand Braudel (1949) en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Para el autor, el tiempo no es unilineal; presupone ritmos y cadencias diferentes construidas por la percepción de los observadores. El autor afirma que existen cuatro tipos de tiempo social²⁰, pero que, normalmente, solo se perciben en ciencias sociales dos tipos con naturalidad. Desde la perspectiva braudeliana, dichas duraciones temporales interactúan en la larga duración y se definen en lo estructural, lo coyuntural y lo acontecimental, respectivamente.

Por tanto, el tiempo social es histórico, en tanto que los cambios que se producen en la sociedad “corresponden a los comportamientos temporales de sus diferentes componentes y a las relaciones que entre ellos se producen” (Pagés, 1989, p. 110). Como afirma Henao Vengoa (2002, p. 114) ambos constructos conceptuales, tiempo social y tiempo histórico, deben vincularse

²⁰ El primero hace referencia a la historia episódica o secuencias de eventos, a la manera de una línea euclidiana con un número de puntos episódicos en una secuencia diacrónica, la cual se corresponde con los procesos idiográficos de la historiografía y con los procesos del empirismo ateorico (Wallerstein, 2002). En el otro extremo Braudel nombra la muy larga duración o “tiempo eterno”. En esta categoría, los procesos sociales no tienen tiempos, en el sentido de que lo que explica los eventos son reglas o teoremas que se aplican a lo largo y ancho del tiempo y del espacio. Braudel sugiere que la realidad social ocurre de hecho en dos nociones temporales que pueden revestir mayor interés. El tiempo estructural o la *longue durée* muestra las tendencias seculares y los fenómenos causados por las estructuras, las cuales garantizan que tengan una duración en el tiempo apreciable, pero que no puedan ser inmóviles en el largo plazo. El tiempo coyuntural o cíclico (*conjoncture*) resulta la única fuente para Braudel de las tendencias seculares, en el cual se explican los ciclos de los procesos sociales. Aunque ambos resultan constructos del analista, resultan también realidades sociales que restringen la actuación de los agentes.



interdependientemente, para ofrecer el piso temporal a los fenómenos y procesos que se abordan en la enseñanza de las ciencias sociales.

Cabe recordar que las convenciones culturales sobre un tiempo social, colectivo, compartido se derivaron de la necesidad que tuvieron los grupos humanos de “orientarse en el mundo social y regular la convivencia humana” (Elias, 1989, p. 13). Así, por ejemplo, el calendario litúrgico y el civil son instituciones temporales creadas por el hombre como símbolos que regulan y normalizan las relaciones sociales. Le Goff (1991), planteaba que el calendario es un objeto social, utilizado como instrumento de poder. Ratificando este planteamiento, Elias considera que la transformación de la coacción externa de la institución social del tiempo en una pauta de auto coacción que abarca toda la existencia del individuo, es un ejemplo gráfico de la manera en que un proceso civilizador contribuye a modelar una actitud social que forma parte integrante de la estructura de la personalidad del individuo (Elias, 1989, p. 21).

Ello lleva a Elias (1989) a proponer el estudio del tiempo como una forma de superar la visión errada de un mundo compartimentalizado. Desde su visión, la factibilidad del estudio del tiempo pasa por la aceptación de que la “naturaleza, la sociedad y los individuos están entremezclados y son interdependientes” (1989, p. 25). De modo tal que este tiempo medido universaliza la red de relaciones que se desarrolla en tres superposiciones temporales: el tiempo *individual*, el *social* y el *físico*.

Este concepto de tiempo se complejiza a partir de dos categorías históricas estudiadas por Koselleck (1993): espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Estas expresan la posibilidad de tematizar el tiempo histórico, por el entrecruzamiento de pasado y futuro, teniendo en cuenta que “una experiencia es tan completa como pasados son sus motivos, mientras que la experiencia futura, la que se va a hacer, anticipada como expectativa se descompone en una infinidad de trayectos temporales diferentes” (Koselleck, 1993, p. 339).

Ahora bien, más allá de estos planteos, cuando se intenta determinar qué es lo social del tiempo social es posible distinguir operaciones de socialización del tiempo que de hecho existen en la práctica sociológica.

La primera consiste en considerar al tiempo como parte de la construcción social de la realidad. Es la hipótesis fundante de la sociología del tiempo y consiste, esquemáticamente, en



tomar al tiempo como variable dependiente de otros fenómenos sociales. Aquí el tiempo es social porque está socialmente condicionado. La segunda operación consiste en atender a instituciones y mecanismos sociales que plasman cada uno de los puntos anteriores y que representan, por lo tanto, objetos temporales en un sentido más restringido y fáctico: el caso del calendario como institución social, los imaginarios temporales del capitalismo, la configuración colectiva del pasado o del futuro, etc. Aquí el tiempo es social porque plasma en instituciones sociales, organizaciones, pautas, mecanismos y prácticas sociales los distintos aspectos que constituyen la idea de tiempo en general. La tercera operación consiste en atender a la temporalidad de fenómenos sociales relevantes. Ejemplo de ello es la sociología de la acción, cuya temporalidad adquiere en algunas teorías una centralidad explícita (Mead, 2008; Schütz, 1974; Bourdieu, 1999; Emirbayer & Mische, 1998), o el análisis de Merton (1992) de las “duraciones esperadas socialmente”, que proyecta sobre toda interacción el interés por la temporalidad. La cuarta operación es la propia sociedad en su configuración y movimiento de conjunto.

Lo que en este contexto importa destacar son dos cosas. Que difícilmente sea concebible una sociedad sin referencia cultural a su propia historia en términos de auto o hetero transformación y que, en el caso de la sociedad moderna, esa auto referencia envuelve reflexivamente a las ciencias sociales y a su trabajo de interpretación del cambio social, determinación de etapas históricas. El tiempo es social, en todo ello, en la medida en que es tiempo de la sociedad transformándose a sí misma.

Lo recorrido hasta aquí deja en claro que el tiempo como constructo conceptual requiere ser enseñado, pues si bien la intuición del tiempo es propia de la especie humana, ello no acredita el conocimiento teórico del mismo. El tiempo como metaconcepto incluye un entramado nocional que difícilmente pueda adquirirse si esta red no es objeto de enseñanza. Nociones como cronología, horizonte temporal, representación temporal, sucesión, duraciones, ritmos, simultaneidad, sincronía, diacronía, velocidades, aceleraciones, retrocesos, estancamientos, rupturas, permanencia, cambio social y multicausalidad, precisan de unos contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales adecuados, para asegurar el acceso a esta abstracción.



En tal sentido, conceptos estructurantes de la Historia, las Relaciones Internacionales y otras ciencias sociales, como el tiempo, permiten explicar la dinámica social y facilitan la comprensión de los procesos sociales, al tiempo que deben estudiarse en interacción entre sí y con otras disciplinas del conocimiento, poniendo en juego el pensamiento complejo.

El proceso de conocimiento requiere de procesos de *familiarización* (Moscovici, 1981), *naturalización* (Jodelet, 1984) y *habituación* (Bourdieu y Wacquant, 2005). Por estos procesos, se relaciona lo nuevo a lo conocido, aceptarlo e internalizarlo. Sin embargo, los *habitus* son mecanismos estructurantes que operan desde el interior del agente y que le permiten enfrentar situaciones novedosas y que, si bien son perdurables, no son eternos (Bourdieu y Wacquant, 2005). La incorporación de conocimiento nuevo requiere el ejercicio de la reflexión para develar si las ideas previas son correctas y anclar en ellas los nuevos saberes o si es necesario desnaturalizarlas problematizándolas. La *problematización* (Freire, 1970), proceso por el cual se analiza críticamente el conocimiento, revela su carácter de construcción social y los intereses naturalizantes, conduciendo a la *concientización* (Barreiro, 1974), como ese proceso por medio del cual se adquiere conciencia de la propia capacidad crítica, que permite una movilización de carácter liberador.

En la práctica pedagógica cuando se enseña y se aprende el tiempo histórico suelen presentarse algunos problemas que atraviesan habitualmente al programa de estudio y a los materiales didácticos en los distintos niveles. A su vez, en los libros de texto, generalmente se encuentra reducido a su aspecto cronológico, graficado en “líneas de tiempo” que trabajan las fechas a la manera de dato objetivo y descontextualizado, destacando acontecimientos políticos, a la manera de una historia tradicional y “desde arriba”²¹. Ello va acompañado del estricto orden cronológico y progresivo de los contenidos que se hace explícito al realizar una lectura del índice del manual.

²¹ Nos referimos a los conceptos que popularizó el historiador marxista británico E. P. Thompson al proponer una “historia desde abajo” (los dominados) frente a un “arriba” en el que están situados los dominantes. La vieja historia política, por ejemplo, priorizaba la recuperación del pasado de los grandes personajes y acontecimientos, desconociendo las subjetividades y modos de acción de los distintos colectivos sociales, en particular los subalternos.



Trepat y Comes (1998) plantean que los dos principales problemas didácticos en la enseñanza y en el aprendizaje del tiempo en las ciencias sociales están relacionados con la *discontinuidad conceptual* y la falta de una *recurrencia procedimental*.

Desconocer la especificidad del devenir de las sociedades contemporáneas y las categorías que aportan los actuales desarrollos sobre la “historia reciente”²², “del presente” o “inmediata”²³ -según el posicionamiento teórico que se asuma-, dificulta la reflexión sobre fenómenos relevantes como la aceleración del tiempo histórico, y la influencia de los nuevos medios tecnológicos, entre otros aspectos.

Entonces ¿es posible que la reflexión crítica brinde herramientas para pensar la temporalidad como algo diverso y complejo? Según Hery (2009), la conciencia del tiempo permite advertir que las sociedades se transforman, e involucra la capacidad de pensar históricamente frente a nociones del sentido común como, por ejemplo, la ilusión de que “todo es nuevo” o que “la historia siempre se repite”. Esto permitiría desarrollar la facultad de ser crítico tanto frente a la inmediatez de la actualidad y el manejo que hacen los medios de comunicación; como también a las demandas sociales de la memoria y a su apropiación más afectiva que cognitiva.

En este sentido, la enseñanza de la temporalidad dentro de la materia historia de las relaciones internacionales, como la de cualquier problemática vinculada a las ciencias sociales, no es neutral e implica un firme posicionamiento político, ideológico, social, ético por parte del sujeto que se compromete en la tarea de construir conocimientos. Por lo tanto cabe preguntar ¿qué se enseña de la temporalidad? En la respuesta quedará explícita la concepción teórico-epistemológica que se sostenga sobre el conocimiento de su disciplina (Maestro González, 1997)

²² Los cambios globales de finales de los ochenta agudizaron una percepción distinta del tiempo y asistieron a la irrupción de nuevos movimientos sociales. En nuestro país, la crisis de 2001 habría servido para cuestionar la autocomplacencia de la década menemista y buscar explicaciones a lo que estaba sucediendo, lo que implicaba considerar los últimos treinta o cuarenta años de historia (Pittaluga, 2006).

²³ A diferencia de algunos desarrollos de la Historia del Presente, que establecen su punto de partida en 1945, la Historia Inmediata (HI) no tendría límites temporales pues tomaría como referente el hecho próximo para tratarlo desde un punto de vista histórico y remontaría la investigación hacia atrás conforme lo necesitara el proceso de investigación. La HI estudiaría los acontecimientos y efectos hasta terminar de redactar la investigación, arriesgando conclusiones prospectivas (Barros, 2002).



CONJETURAS

Como correlato directo de las reflexiones realizadas identificamos una primera y, tal vez, principal dificultad, que radica en la naturalización de saberes compartidos pocas veces cuestionados. Es decir, existe una máxima según la cual los objetos de investigación de las ciencias sociales son construcciones sociales de primer grado naturalizadas, que forman parte de un sentido común con el que se debe establecer una “ruptura” al abordarlas científicamente. Pero como ha sugerido una parte significativa de la sociología de la ciencia, estos sentidos comunes de la vida cotidiana no operan sólo en ese ámbito; el científico en su práctica de la “ciencia normal” también ha naturalizado una serie de saberes compartidos con la comunidad científica a la que pertenece, y propios de un momento histórico y ambiente determinados. Estos saberes se adquieren principalmente a través de los procesos de socialización secundaria y muchas veces llegan a operar como supuestos raramente discutidos o sometidos a consideración crítica, especialmente en la práctica cotidiana de la ciencia.

A partir de estas líneas cabe (re)plantear dos primeras interrogantes clave sobre la pertinencia de profundizar en cómo ha evolucionado epistemológicamente la disciplina. Por un lado, la que gira en torno a la resistencia que presenta la Historia de las relaciones internacionales a la hora de consolidar un espacio teórico crítico común, en tanto no son escasas ni irrelevantes aquellas perspectivas que interpelan la colonialidad racionalista eurocéntrica de los saberes. Por otro lado, la que versa sobre comprender coyunturalmente esos eventuales obstáculos que impiden la ampliación de la Historia internacional, y desde allí dar otro paso y explorar más minuciosamente la evasión a discutir con nuevas posturas temporo-espaciales. Discusión que excede este trabajo exploratorio pero no la inquietud de tratarla como consecuencia de lo relevado.

A pesar de las décadas transcurridas del Siglo XXI, la compartimentalización disciplinar afianzada en el siglo previo es de tal contundencia que la ausencia de sinergias e interés interdisciplinar se ha consustanciado en un fuerte lastre. Es decir, si el presente está conformado por relaciones de poder multiagenciales y coyunturales ¿es posible evadir la necesidad de considerar la transformación social, y por ende su contextualización? En síntesis, si el contexto o escenario socio-histórico encauza los parámetros disciplinares, éstos debieran cuestionarse



coyunturalmente sus supuestos, significados y criterios. Con estas ideas y en pos de componer un panorama diferenciado y situado que cuestione el lugar del que abrevan hitos que han permanecido inmutables e incuestionables, parece ineludible encontrar nuevos caminos de reflexión crítica sobre la suficiencia explicativa de los paradigmas hegemónicos.

En esta línea, en la complementariedad paradigmática parece estar la llave para el abordaje de diferentes modos globales de contemplar y conceptualizar la realidad socio-histórica. Aun partiendo del parteaguas que sostiene que las sociedades producen concepciones diferentes de espacio y tiempo, es decir, son constructos sociales históricos territorialmente localizados, se entiende que la realidad no se debe reducir ni fragmentar dada la complejidad de su naturaleza. En esta dimensión, dado que la disciplina histórica se encuentra condicionada por las concepciones del espacio y tiempo que prevalecen en la sociedad, y por la forma en que la sociedad conjuga pasado, presente y futuro es necesario un abordaje de interpretaciones compartidas. Hoy el cambio en el régimen de historicidad, dada la celeridad que se vive, sitúa el “presente” como dimensión dominante en la concepción de tiempo, y donde la dimensión espacial influye en la forma de hacer y escribir la historia. Esta mutación, ha transitado de una historia cuyo pilar era el Estado –nación, y la noción de “progreso” (con una visión occidental), hacia una donde se reconocen múltiples espacios, tiempos y niveles que se vinculan entre sí, confluyendo en una inconmensurable gama de niveles de análisis, lo cual implica superposición o continuidad de escalas, en comunidad con la idea de interdependencia en la experiencia de tiempo y espacio. Esta recomposición en el régimen de historicidad, que reposiciona la escala nacional en la historia junto a otras dimensiones, requiere la complementariedad paradigmática para incorporar perspectivas con una visión multidisciplinaria y pluralista. Desde este enfoque las ciencias sociales han aunado esfuerzos en la exégesis, mutación y cimentación de la realidad que los actores asignan a sus acciones y a la de aquellos con quienes interactúan en cotidianidad. La complejidad de la evolución o “involución” social, el contrapunto entre diferentes paradigmas, deriva en un estilo cognitivo que demanda la combinación de métodos para validar y producir conocimiento. Por tales apreciaciones, se desprende que en la investigación histórica la complementariedad de paradigmas se presenta como un método integrador que permite,



conjugar o sortear, debilidades y fortalezas de diferentes constructos cognitivos superando la actitud reduccionista imperante en la disciplina histórica.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barbé, E. (1995) Relaciones Internacionales, Madrid: Tecnos.

Barolin Torales, E. F.; Espinosa Blas, M.M. (2019) 'La Historia de las Relaciones Internacionales: divergencias y convergencias con sus "disciplinas madres"', Perspectivas de Ciencias Sociales, 4(8), (jul-dic.), pp. 23-46.

Barreiro, J. (1974) Educación popular y proceso de concientización. México: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (1999) 'El tiempo, el ser social y el sentido de la existencia', Meditaciones pascalianas, pp. 273-323.

Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005) Una invitación a la sociología reflexiva. Buenos Aires: Siglo XXI.

Braudel, F. (1976) El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. México: Fondo de Cultura Económica.

Burke, P. (2023) Ignorancia. Una Historia Global. Alianza. Disponible en: <https://www.casadellibro.com/libro-ignorancia/9788411484817/14252438> [Acceso en: 21 mar. 2025]

Burke P. (2004) What Is Cultural History? Cambridge: Polity.

Castells, M. (2006). La sociedad red: una visión global. Madrid, Alianza Editorial.

Castoriadis, C. (1993) 'La institución imaginaria de la sociedad', en El imaginario social y la institución, 2. Barcelona: Tusquets.

Coudannes Aguirre, M. A. y Alvarez, L. M. (2015) 'La temporalidad en la enseñanza de las ciencias sociales', Habitar la universidad en su contexto, Sujetos y disciplinas. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.



Cristiano, J. (2020). '¿Qué tiempo? ¿Qué sociedad? La idea de tiempo social', *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, (11), pp. 33-44.

Cristiano, J. (2018). 'Tiempo-regla, tiempo-recurso y tiempo-sentido: aspectos de la estructuración del tiempo social', *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 18 (3), pp. 1-19.

Cuadro, M. (2013) 'El post-estructuralismo en las RRII: una perspectiva alternativa', en Llenderrozas, E. (Ed.) *Relaciones Internacionales: Teorías y debates*, Buenos Aires: EUDEBA, pp.107-132.

D'Assunção Barros, J. (2019) 'Histórias interconectadas, histórias cruzadas, abordagens transnacionais e outras histórias', *Secuencia*, (103), pp.1-30, [online]. Disponible en: <https://secuencia.mora.edu.mx/Secuencia/article/view/1528/1843> [Acceso en: 20 mar.2025].

Elias, N. (1989) *Sobre el tiempo*, México: FCE.

Emirbayer, M. y Mische A. (1998) 'What's Agency', *American Journal of Sociology*, 103(4), pp. 962-1023.

Foucault, M. (1984) 'Of Other Spaces, Heterotopias', *Architecture, Mouvement, Continuité*, 5, pp. 46-49.

Foucault, M. (1980) 'Questions on Geography', en M. Foucault y R. B. Gordon (eds.) *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972- 1977*, Nueva York: Pantheon Books, pp 63-77.

Foucault, M. (2010) *El cuerpo utópico. Las heterotopías*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Freire, P. (1970) *Pedagogía del oprimido*, Montevideo: Tierra Nueva.

Hartog, F. (2010) 'Historicité/Régimes d'historicité', en *Historiographies. Concepts et Débats*, eds. Christian Delacroix,



Henao Vanegas, B. (2002) A propósito de la relación ciencias sociales - tiempo, *Revista Educación y Pedagogía*, XIV(34), (mayo-agosto), Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, pp. 113 -118.

Hurrell A. (2007) *On global order. Power, values and the constitution of International Society*, Oxford: Oxford University Press, p.100.

Koselleck, R. (1993) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, España: Paidós.

Lander, E. (2000) 'La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas', en Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO, pp. 4-23.

Le Goff, J. (1991) *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Barcelona: Paidós.

Maestro González, P. (1997) 'Historiografía, didáctica y enseñanza de la historia: La concepción de la historia enseñada', *Clio & Asociados*, 2, pp. 9-34.

Mead, G. H. (2008) *La filosofía del presente*. Madrid: CIS.

Merton, R. (1992) 'El tiempo social: un análisis metodológico y funcional', en Ramos Torre, R. (ed.). *Tiempo y sociedad*, Madrid: CIS, pp. 73-87.

Montoya, I.; Montoya, L. (2009). 'Algunas concepciones del tiempo en ciencias sociales e implicaciones para la investigación en dirección estratégica', *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Militar Nueva Granada*, XVII(1), pp. 57-76, [online]. Disponible en: revfac.cienc.econ [Acceso en: 20 mar.2025]

Morin, E.; Kern, A. B. (2006) *Tierra Patria*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Muñoz González, J. (2019) 'En el Espacio Leemos el Tiempo: Reflexión Historiográfica para una historia del presente', *Historia Actual Online*, (48), pp.145-157, [online]. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6838906.pdf> [Acceso en: 20 mar.2025]



Neila Hernández, J. (2008) 'Historia de las Relaciones Internacionales', en Pereira, J. C. (coord.) Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior, Madrid: Ariel, pp.850-855.

Pagés, J. (1989) 'Aproximación a un curriculum sobre el tiempo histórico', en Rodríguez Frutos, J. (ed.). Enseñar historia: nuevas propuestas, Barcelona: Laia.

Piazzini, C. (2006). El tiempo situado: las temporalidades después del giro espacial, en Herrera Gómez, D. y Piazzini, C. (eds.), (Des) territorialidades y (No) lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio, Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 53-74.

Prigogine, I. (1988) Tan solo una ilusión, Barcelona: Tusquets.

Quesada F. (2016) 'El giro espacial. Conquista y fetiche', Revista Europea de investigación en Arquitectura, (9), pp.155-170.

Ramos Torre, R. (2008) 'Reseña de Entre Cronos y Kairós. Las formas del tiempo sociohistórico, de Guadalupe Valencia Reis', Revista Española de Investigaciones Sociológicas, (122), pp. 183-185, [online]. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/997/99715236006.pdf> [Acceso en: 20 mar.2025]

Renouvin P., Duroselle J.P (2000) Introducción a la Historia de las Relaciones Internacionales, México: Fondo de Cultura Económica.

Rojas, D. M. (2004) 'La historia y las relaciones internacionales: de la historia inter-nacional a la historia global', Historia Crítica, 1(27), pp.153-167, [online]. Disponible en: <https://doi.org/10.7440/histcrit27.2004.08> [Acceso en: 20 mar.2025]

Sánchez Calderón F. (2013) 'Hacia la multiplicidad del espacio en la historia. Relaciones entre el cambio social y los cambios en la disciplina en las últimas cuatro décadas', Revista de Estudios Sociales, (47), pp. 40-50.

Santos, M. (2004) Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal. Bogotá: Convenio Andrés Bello.



Sanz Díaz, Carlos (2014) 'Sobre la historia internacional y la historia de las relaciones internacionales: dos visiones recientes', Cuadernos de Historia Contemporánea, (36), pp. 355-371.

Schütz, A. (1974) 'Tiresias, o nuestro conocimiento de sucesos futuros', en Estudios sobre teoría social, pp. 255-269.

Schwartz, B. (1976) 'Review of Time, Passion And Knowledge: Reflections on The Strategy of Existence', The American Journal of Sociology, 82 (1), pp. 265-267.

Stone, L. (1986) El pasado y el presente. México: Fondo de Cultura Económica.

Trepat, C.; Comes, P. (1998) El tiempo y el espacio en la didáctica de las ciencias sociales. Barcelona: Grao.

Wallerstein, I. (2006) Análisis de Sistemas-mundo: una introducción. México: Siglo XXI.

Yousef Sandoval, L. (2018) Carl Schmitt y la evolución del *Ius publicum europaeum*: interpretación y crítica desde las nuevas epistemologías de las Relaciones Internacionales. Tesis doctoral, Memoria para optar al grado de doctora, Facultad de Filosofía/Universidad Complutense de Madrid.

